

La llave

Mónica Díaz Sierra

El agua estaba más fría de lo habitual, haciendo que cada gota golpeará como un puñado de alfileres. Bajo la ducha, Julia no dejaba de llorar mientras tiritaba. La tristeza inundaba sus ojos, mezclando sus lágrimas con las gotas de agua que caían por su rostro. En su cabeza no dejaba de repetirse la misma frase una y otra vez: “Ven mañana y te cuento”.

Rober, el padre de Julia, tenía una tienda de antigüedades. Se había pasado toda su vida comprando y vendiendo piezas de distintas épocas haciendo de su negocio un museo en constante renovación. No faltaban los curiosos que todos los días visitaban la tienda, especialmente el Señor Martín, que pasó de ser uno de sus mejores clientes a uno de los mejores amigos de la familia cuando, día tras día, visitaba la tienda de Rober para admirar cada pieza, adquiriendo alguna de ellas de vez en cuando y compensando con café y dulces las explicaciones detalladas que Rober hacía de sus adquisiciones.

Todo este mundo tranquilo y estable se había desmoronado en un minuto cuando Julia recibió aquella mañana la llamada de su madre. “Papá hoy no ha despertado”. Un paro respiratorio había acabado con su vida sin previo aviso. ¿Y ahora qué? Nadie está preparado para prescindir de alguien a quien ama de la noche al día.

Con el corazón encogido, Julia recordaba cómo el día anterior había quedado en ir a la tienda de su padre porque Rober tenía algo que decirle. Como siempre que conseguía una nueva pieza, a Rober le gustaba contarle toda su historia a su hija y Julia por eso no le dio mayor importancia. Él era tan apasionado con cada detalle que ella incluso a veces fingía más entusiasmo del que tenía realmente para fomentar esa pasión que hacía que a su padre le brillaran los ojos. Eso era lo que más le gustaba a Julia, escuchar las historias que su padre llevaba contándole desde pequeña.

Pero en lugar de eso, Julia tenía ir a despedirse de Rober.

“Este no era el plan, papá.”, pensaba Julia con cierto tono de reproche mientras se vestía. “¿Qué querías contarme? Ven mañana y te cuento, en eso habíamos quedado”.

El día transcurrió como cualquier día de velatorio. Mucha gente dando sus condolencias, muchas personas desconocidas hablándole de su padre y muchos tranquilizantes para mamá.

Su dolor de cabeza aumentaba por momentos así que Julia pidió silencio a todo el mundo y dijo visiblemente emocionada y con la voz entrecortada:

– Muchas gracias a todos por haber venido. Estoy segura de que a mi padre también le ha gustado veros por aquí, ¿verdad papá? – Intentando deshacer el nudo que tenía en la garganta continuó – Como veis, nadie sabe cuándo será su último día de vida así que, id a disfrutar de la vuestra. Aprovechad cada segundo en ser felices.

Aquellas 48 palabras conmocionaron al mundo que Rober había generado a su alrededor. Rober era una de esas personas que todo el mundo adoraba, que transmitía alegría, que era consciente de que la vida es corta y de que hay que vivirla desde el amor y la felicidad, haciendo lo que a uno le llene de verdad. Y había puesto mucho empeño en que su hija pensara de la misma forma. Esto fue parte de su legado.

Tras unos segundos de silencio en el que podían escucharse los sollozos de mamá, el murmullo de la gente comenzó a escucharse de nuevo mientras se iban yendo, despidiéndose de Julia y su madre. El último en marcharse fue el Señor Martín quien abrazó a Julia diciendo:

– No dejes que desaparezca la tienda de tu padre. Esa tienda es una ventana al pasado. Ya sabéis que podéis contar conmigo para lo que necesitéis.

El día siguiente, después del sepelio, Julia dejó a su madre en su casa para que descansara y cogió las llaves de la tienda de Rober para ir a echar un vistazo. Por un lado, la tienda estaba impregnada de la esencia de su padre, pensaba que allí se sentiría más cerca de él. Por otro lado, tenía la curiosidad de qué nuevo objeto habría adquirido, así que le parecía una buena excusa para pasar un buen rato en aquel lugar.

Cuando llegó a la tienda, todo estaba ordenado perfectamente, como siempre. Rober era bastante meticuloso en este aspecto. Siempre decía que el orden le daba paz. Además, trataba cada objeto como si tuviera vida propia. Tenía la teoría de que los objetos también tienen sus propias vivencias y que se cargan de la energía de las situaciones que hayan vivido. Por eso, igual que hay que escoger muy bien a la gente de la que te rodeas, también hay que escoger muy bien los objetos con los que convives.

Julia paseaba por la tienda viendo todos aquellos objetos y recordando las miles de historias que su padre le había contado de cada uno de ellos. La voz de su padre no dejaba de sonar en su cabeza. Entre fragmentos de historias sonaba aquel “Ven mañana y te cuento”.

“¿Qué tienes que contarme, papá? No veo nada nuevo por aquí.” Pensaba mientras exploraba cada rincón.

Entonces pensó en coger su cuaderno de notas, que siempre guardaba en un cajón con llave bajo el mostrador. A lo mejor allí tendría algo apuntado. En cualquier caso, se lo quedaría como recuerdo manuscrito de su padre. Las notas de su padre sobre los artículos que compraba eran siempre bastante enigmáticas. Le gustaba anotar frases sueltas o palabras intercaladas con dibujos y fechas de cada objeto. Se trataba de pequeños tesoros que a Julia siempre le habían gustado. Abrió el cajón y allí estaban todos los cuadernos que su padre había tenido, ordenados cronológicamente. Buscó el último, con tapas rojas y, al sacarlo del cajón, oyó como algo con sonido metálico calló al suelo de entre sus hojas.

Miró al suelo de su alrededor y no vio nada. Tuvo que agacharse y mirar debajo del mostrador para descubrir una llave muy rara, con forma antigua.

La cogió y la miró detenidamente preguntándose “¿Qué guardas tú?”. Pensó que probablemente algún armario o aparador antiguo de esos que llenaban la tienda tendría algún cajón al que le faltara su llave pero, si así fuera, ¿Por qué no tener la llave en su sitio?

Comenzó a buscar el lugar al que pertenecía la llave pero, tras recorrer toda la tienda, no logró acomodarla. Entonces la metió en su llavero para quedársela a modo de recuerdo. Otro objeto más que llevaría consigo para recordar a su padre.

De vuelta en casa, Julia no tenía ganas de nada, solo de recordar a su padre. Sacó un álbum de fotos muy antiguo que había heredado de sus abuelos. En él aparecía su padre desde que era muy pequeño hasta que inauguró la tienda. Había visto ese álbum miles de veces, se sabía todas las fotos de memoria. Pero esta vez las estaba viendo de manera diferente. Se detenía en los detalles, acariciando la figura de su padre en cada imagen. De repente se dio cuenta de algo que hasta ahora había pasado desapercibido para ella. En aquellas fotos aparecía una pequeña caja con forma de baúl que Julia recordaba haber visto en alguna ocasión en la tienda de su padre. ¿Qué guardaría allí? Quizá no guardaba nada, pero no se iba a quedar con la duda, así que salió de nuevo de camino a la tienda.

Cuando llegó allí, se encontró con el Señor Martín mirando la tienda a través de los cristales del escaparate.

– ¡Hola! – Dijo el Señor Martín con tono nervioso.

– Hola Señor Martín, ¿qué hace por aquí? ¿Quería ver algo en concreto? – Respondió Julia.

– No, nada. Pasaba por aquí y me quedado mirando la tienda. Todavía no me puedo creer que él ya no esté – siguió el Señor Martín.

– Ya... – contestó Julia visiblemente emocionada. – Iba a entrar a echar un vistazo. ¿Quiere pasar conmigo? –

– Sí, claro – dijo mientras acompañaba a Julia entrando en la tienda. – Esta tienda es muy especial Julia. ¿Qué vais a hacer con ella? – siguió.

– No me ha dado tiempo a pensarlo. Pero mi madre no puede atenderla y yo tengo mi trabajo, al que adoro. Además, para llevar este tipo de negocio hay que saber mucho sobre antigüedades y, aparte de usted, no conozco a nadie más que pudiera sacar la tienda adelante. No querrá usted hacerse cargo de ella, ¿verdad? – comentó Julia medio en broma.

– Me encantaría Julia, sería un honor. – se apresuró a decir el Señor Martín.

– Pero si usted no necesita trabajar. ¿Por qué iba a querer meterse en este lío? – dijo Julia cuestionando que el Señor Martín estuviera hablando en serio.

– Este lugar el mágico Julia. Tú quizá no lo veas así todavía. Pero haría todo lo que fuera posible para preservar este museo. – El Señor Martín se estaba poniendo poético.

– Vale, pues ya hablaremos – dijo Julia –

“Quizá sea lo más fácil”, pensó.

Julia entonces se puso a buscar aquella caja de las fotos y tras mucho buscar, la encontró debajo de una sábana en la trastienda.

El Señor Martín, detrás de ella, no podía creer lo que estaba viendo, su cara se transformó mostrando una gran sorpresa.

– La caja Amera – dijo muy lentamente.

– ¿Qué? ¿Cómo? ¿Qué es esto? – dijo Julia con la misma sorpresa que su acompañante.

– Se trata de La Caja Amera. Es una caja que mandó hacer Rafael Amera, acaudalado empresario de principios del siglo XIX, para guardar sus libros de cuentas. Cuenta la leyenda que Rafael Amera decía que esta caja le daba buena suerte y que todo lo que guardaba aquí, terminaba transformándose en éxito. Decía que debía su éxito empresarial a aquella caja. Está tallada y pintada a mano, mira qué preciosidad de grabados, debe valer millones... – El Señor Martín estaba absorto en aquella maravilla – También cuentan que, cuando murió, fue enterrado con su llave, por lo que nadie más ha podido abrirla. – dijo lamentándose.

Entonces Julia sacó su llavero con la llave que había encontrado en el cuaderno y se la enseñó al Señor Martín.

– No sé si esto servirá, pero al menos podemos intentarlo. – propuso.

El Señor Martín no podía creerlo. – Claro, ¡inténtalo! – exclamó entusiasmado.

Julia acercó la llave a la cerradura con el corazón saliéndose del pecho y comprobó que entraba sin problemas. La giró despacio y, como un resorte, la tapa se abrió.

– ¡No me lo puedo creer! – exclamó el Señor Martín – Rober tenía la caja y la llave y no me había dicho nunca nada... – dijo algo decepcionado.

– Quizá nunca quiso venderla. Quizá también le ha dado suerte a él. Ya sabes cómo trataba a los objetos.

Juntos abrieron la caja despacio, para ver lo que contenía en su interior. Un montón de papeles doblados llenaban la caja hasta el borde. Julia cogió el primero, lo abrió para ver su contenido y pudo leer lo siguiente: “Quiero que Julia sea feliz en el trabajo”.

Ambos se miraron y después Julia cogió otro papel. En este podía leerse “Quiero que mi mujer viva más tiempo que yo...”. Se alternaron cogiendo papeles uno y otro y en todos encontraban frases que no eran más que buenos deseos para él y los suyos... ¡y todos se habían cumplido!

Julia sacó el cuaderno de Rober que llevaba en el bolso y buscó entre sus hojas algún comentario relacionado con la caja. En su lugar encontró un dibujo de la llave en una página que tituló “La llave de la felicidad”.

Entonces, ¿la caja funcionaba realmente? ¿Era aquella llave una puerta a la felicidad? ¿Por qué todos los buenos deseos que se metían en la caja terminaban cumpliéndose?

Quizá la caja solo hace lo que nosotros queremos que haga. Quizá seamos nosotros los que aportemos esa energía positiva al escribir nuestros deseos más sinceros en un papel. O quizá sea mera casualidad.

Lo que parecía claro es que la caja tenía un significado especial para Rober, y por tanto Julia no iba a permitir que saliese de la familia. Así se lo transmitió al Señor Martín, quien acató sus órdenes sin poner ninguna objeción.

– Pero Señor Martín, no sufras por no tener la caja. – Empezó diciendo Julia sonriendo y tratando de quitarle importancia –. Busca una caja que te guste o deja que una caja te encuentre a ti. Escribe tus mejores deseos y mételos allí bajo llave para que nadie pueda interferir en ellos. Cuídala y revísala de vez en cuando. Te sorprenderás de lo que ocurre cuando se hacen las cosas desde el corazón. La Magia está en cada uno de nosotros. –

Tras salir de la tienda, ambos separaron sus caminos. Entonces el Señor Martín cogió el teléfono e hizo una llamada – Señor Amera, sus sospechas eran ciertas. Tras todos estos años, he encontrado la caja y la llave. Pero no va a ser fácil recuperarlas.